



## Capítulo 636: Armonizando todos tus poderes:

Virgilio se sentaba en el centro exacto del campo de entrenamiento —un espacio vasto y silencioso, delimitado por columnas negras hechas de obsidiana pulida que reflejaban la luz como hojas. El suelo estaba cubierto por una fina capa de polvo plateado, fruto de innumerables explosiones de energía de entrenamientos anteriores. Por encima de él, el cielo artificial creado dentro de la mansión oscilaba entre tonos de azul profundo y púrpura crepuscular, reaccionando siempre al estado emocional del que entrenaba allí.

Respiró profundamente.

Luego, uno más profundo.

Y finalmente, cruzó las piernas en posición de loto, levantando las manos con las palmas hacia arriba, los dedos relajados y los ojos casi cerrados.

Era hora de alinear todo.

Todo.

No sólo sus poderes.

Pero las fuerzas que vivían dentro de él eran como bestias orgullosas, cada una exigiendo ser dominante.

Era fácil luchar usando todo de forma caótica.



Fue sencillo desatar la violencia.

Difícil... fue controlarlo.

Era difícil armonizar fuerzas que nacieron para nunca coexistir.

Un soplo de viento cruzó el campo, llevándole el pelo blanco hacia atrás.

La primera energía en despertar fue la más silenciosa.

La autoridad de la muerte.



Una presencia que no hacía ruido, no ardía, no pulsaba.

Simplemente existió.

Un anillo tan negro como el espacio vacío se abrió detrás de él, con fractales blancos de luz estallando y desapareciendo como estrellas muertas. Cada respiración hacía que el aire fuera más pesado, más lento, más consciente de que estaba en un espacio que no pertenecía a los vivos.

Vergil sintió que la espiral fría corría por su columna vertebral.

"No domines," murmuró para sí mismo. "Balance."

La Autoridad de la Muerte reaccionó.



Aceptó.

Se inclinó hacia atrás como una capa, no como una guadaña.

La segunda energía despertó casi inmediatamente, como si envidiara la calma de la primera.

La llama del Clan Agares. Ella estalló con una grieta —VRAAAM— como chispas escapando de un volcán. Las llamas de color azul cobalto envolvieron su brazo derecho, palpitando con una fuerza cruda, masculina, explosiva y ardiente.

Virgilio mantuvo su postura inmóvil, permitiendo que el calor subiera sin consumirlo.



Inhaló profundamente, acercando las llamas a su centro.

Y mientras exhalaba, la llama se moldeó... obedeció... se estabilizó.

El aire ondeaba a su alrededor.

Pero se necesitaba mucho más.

Como si respondieran a un llamado silencioso, dos fuerzas majestuosas se levantaron detrás de él.

Dos presencias dracónicas.

Crymsaria.



Nivara.

La energía de Crymsaria llegó primero—caliente, agresiva, como brasas vivas atrapadas debajo de su piel. Rojo, escarlata, pulsante. Su brazo izquierdo estaba envuelto en chispas que parecían sangre líquida evaporándose en fuego.

Un calor emocional, impulsivo y orgulloso.

Poco después llegó la fuerza de Nivara—fría, elegante, cortante como nieve cristalizada bajo la luz de la luna. Un aura plateada cubría su nuca, descendiendo por su columna hasta sus piernas. Hacía tanto frío que ardía.

Fuego y hielo.

Impulso y control.

Furia y serenidad.

Las dos energías se enfrentaron dentro de él, como dos dragones esperando una razón para luchar.

Virgilio, sentado, respirando.

Inhaló el escarlata.

Exhaló el platino.



Y ambos... cedieron.

Una esfera perfecta de luz blanca apareció entre sus manos.

Pero eso no fue todo.

Del suelo, como si la tierra respirara, surgió una danza en espiral.

Los vientos del Clan Sitri.

Eran traviesos, impredecibles, casi sonrientes. No ardieron, no se congelaron, no destruyeron. Cortan suavemente, como cuchillos de papel. Eran peligrosos porque eran indomables.



El viento le levantó el pelo.

Movió su túnica de entrenamiento.

Y luego se arremolinó, dando vueltas alrededor de todo su cuerpo, susurrando como un niño inquieto.

Virgilio entrecerró los ojos.

"Obedecer."

Y los vientos obedecieron—formando un torbellino organizado y elegante que parecía bailar alrededor de su aura.



Finalmente, la energía más antigua dentro de él despertó.

El más visceral.

El más primario.

La manipulación de la sangre del Clan Baal.

No era un aura.

No era una forma dracónica.

No era autoridad.

Era la vida.

Y la muerte.

Era el líquido que corría por las venas de todo lo que existía.

La sangre dentro de Virgilio hirvió.

No con dolor—sino con poder.

Sentía cada latido del corazón con una claridad absurda, como un tambor de guerra desde el principio de los tiempos. La sangre respondió, moldeándose, corriendo, circulando por caminos que él mismo creó.



Y luego —con el más mínimo gesto de su dedo— la sangre se calmó.

Regresó a su flujo natural.

El equilibrio estaba cerca.

Pero eso todavía no significaba que fuera fácil.

Todo su cuerpo tembló —no por debilidad, sino por el esfuerzo colossal de mantener tantas energías diferentes coexistiendo sin colisionar como estrellas en guerra.

Virgilio abrió los ojos.

El campo de entrenamiento estaba iluminado por seis energías distintas.



Cada uno pulsaba a su propio ritmo.

Cada uno quería dominar.

Y él... era el centro de todos ellos.

"El Torneo Celestial..." murmuró, su voz profunda resonando entre las columnas. "No lo ganará el más fuerte. Será ganado por el mayor control."

Levantó las manos.



La esfera de energía blanca creció en tamaño.

La muerte latía en su hombro.

El fuego de Agares rugió en su brazo.

Crymsaria le quemó la sangre.

Nivara congeló el aliento.

El viento de Sitri giraba como un depredador.

La sangre Baal pulsaba como un corazón externo.

Virgilio lo sintió todo.

Y luego—lo unificó todo.

Un pequeño punto de luz apareció en el centro de sus manos.

Pequeño.

Perfecto.

Un punto que contenía todas las fuerzas de su ser.

Cuando abrió completamente los ojos, brillaron como dos estrellas azules.



"Otra vez", dijo.

Y empezó de nuevo.

Porque Vergil no estaba entrenando para pelear.

Estaba entrenando para ganar.

Y en el Torneo Celestial... Las fracciones de control valían más que las montañas de poder.

Y no aceptaría nada menos que la perfección.



Vergil permaneció en silencio, respirando profunda y rítmicamente. El mundo que lo rodeaba se desvaneció como la tinta arrastrada por la lluvia. Lo único que existía era el pulso constante de sus poderes —cada uno tan vasto, tan feroz y tan antiguo que cualquiera con menos control sería destrozado desde dentro.

Se hundió más profundamente en sí mismo, como alguien que desciende a través de capas de mares infinitos.

Primero vino la Autoridad de la Muerte.

Un frío sublime, silencioso y sereno que no buscaba destruir, sino simplemente terminar. La presencia de Itarina resonó allí, majestuosa y lejana, como una corona hecha de crepúsculo. La energía se instaló a su alrededor como una capa ineludible.



Entonces, la llama de los Agares se encendió, caliente, ardiente, agresiva, recordándole el rugido del infierno y la sangre de los antiguos reyes. Una fuerza que anhelaba el combate—pero Virgilio la mantuvo contenida, dándole forma con precisión.

A continuación, la energía carmesí de Crymsaria, más salvaje que el fuego, más destructiva que la guerra. Algo vivo, serpantino, que constantemente demostró ser digno de su emperatriz. Su tacto ardía más que el calor: era pura ambición, un corazón que nunca cedía.

Y luego, el Aura Fría de Nivara, aguda, límpida, con la precisión de una espada divina. Un poder que traía la sensación de altitud, de aire enrarecido, de reinos plateados donde la perfección era ley. Su frialdad no era vacía—era majestad.

Luego tocó la energía de los vientos de Sitri, impredecible, flexible, libre como una danza sin coreografía. Se arremolinaba alrededor de su aura como un torbellino de posibilidades, ligeras y, sin embargo, mortales.



Finalmente, llegó el pulso pesado e intenso de la manipulación de la sangre de Baal—algo que vibró directamente en el núcleo de su ser, primario y absoluto. La sangre respondió, el universo viviente dentro de él se movió, fluyó, obedeció. La fuerza que comandaba la vida y la muerte... y que siempre había exigido respeto.

Virgilio lo sintió todo.

Y luego intentó armonizarlo todo.

Fue como intentar hacer que seis tormentas cantaran con la misma nota.



Su cuerpo tembló.

El suelo debajo de él vibró.

La meditación exigía presión. Exigía concentración. Exigía el tipo de disciplina que incluso los reyes demonios consideraban insopportable.

Y entonces Virgilio abrió su aura.

Primero un círculo.

Luego una esfera.

Entonces... algo indescriptiblemente más grande.

La energía se propagó como ondas de choque silenciosas, arrancando polvo del aire y haciendo temblar el plano físico.



El aura se extendía más allá de la arena.

Más allá del palacio.

Más allá de las puertas de Abaddon.

Y... continuó.

Vergil no se dio cuenta de lo lejos que iba. [freewebnovel.com](http://freewebnovel.com)



Estaba completamente absorto en el proceso.

Los colores mezclados —rojo, platino, negro, escarlata, dorado y el azul profundo de la muerte— se expandieron como un sol tragando horizontes.

Sintió que su conciencia atravesaba los muros de la capital.

Sintió el miedo de los demonios, sus almas se encogían como si la muerte misma caminara sobre sus tejados.

Sintió que las columnas de poder de los señores demonios vibraban como cuerdas a punto de romperse.



Sintió que miles de ojos se dirigían hacia el palacio con absoluto terror.

Y cuando se dio cuenta, ya había extendido sus sentidos a su territorio aislado, ese espacio sagrado que guardaba lejos de los demás reinos, donde sólo pisaban su familia, su guardia personal y sus secretos.

“— Hmph.”

Su voz resonó sólo dentro de sí mismo, cargada de sorpresa contenida.

“No esperaba tanto... en tan poco tiempo.”

Continuó expandiéndose—no por arrogancia, sino por comprender los límites y romperlos.



Más.

Más.

Más—

Fue entonces cuando escuchó la voz.

No cualquier voz.

Una voz cálida, firme, enojada y absurdamente familiar.

"¡VERGIL!"

La meditación se agrietó por dentro como si se rompiera un cristal.

El aura retrocedió medio metro.

Sapphire continuó, ahora fuera de la arena, con los brazos cruzados, el cabello en llamas y una expresión que rayaba en la desesperación:

"¿TIENES ALGUNA IDEA DE LO QUE ACABAS DE HACER?!"

Virgilio respiró y abrió lentamente los ojos.

La energía todavía vibraba a su alrededor, pero comenzaba a retroceder como océanos obedientes que tiraban del tirón de la luna.



Zafiro dio un paso adelante, esnifando fuego—literalmente.

“¡Expandiste tu aura como un MANÍACO ABSOLUTO! ¡Toda la capital entró en pánico! ¡Y si seguís con esta farsa, los CUATRO ARCONTES aparecerán aquí queriendo saber si ha comenzado una guerra!”

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza.

“...No era mi intención alarmales.”

Zafiro lo señaló con su dedo en llamas:

“¡Expandiste tu aura en CASI la mitad del reino demoníaco, Virgilio!”

“...Fue una prueba de alcance.”

“¿QUIERES QUE TE MATEN?!”

Vergil levantó una ceja, genuinamente confundido —e incluso un poco ofendido.

“Dudo que pudieran.”

Sapphire respiró profundamente, apretó los puños, se mordió el labio para reprimir un grito —y sólo entonces soltó:



"¡Ese no es el punto! El punto es... ipensaron que ibas a atacar todo Abaddon!  
¡Los demonios se desmayaron sólo por sentir tu presencia!"

Vergil parpadeó, como si estuviera calculando estadísticas internas.

"...Interesante."

"¡VERGIL!"

